

Lo que sea de cada quien

Cuándo leer a Arthur Miller

Vicente Leñero

Me recordó las aulas universitarias de Estados Unidos que aparecen en las películas. Pupitres de caoba, con mesa frontal, acomodados en una galería ascendente. El pizarrón modernísimo, detrás del escritorio del maestro, no requería de gises sino de sofisticados plumones de colores. Sentí un escalofrío desde el momento de entrar en aquel salón ocupado por una treintena de muchachas y varones de la clase alta, en edad de posgrado.

En la madre.

Había llegado a Bogotá cuatro días antes, en la primavera de 1989, invitado por Ramiro Osorio. El infatigable promotor de festivales iba a estrenar en el Teatro Nacional, dirigida por él y producida por Fanny Mickey, mi obra *Pelearán diez rounds*. Para animarme a que asistiera al estreno, Ramiro me propuso dictar un par de conferencias sobre literatura en “una de las más exclusivas universidades del país —enfaticó—, a las que sólo ingresan estudiantes de familias millonarias”. La paga era tentadora: cinco mil dólares por ese par de charlas de dos horas cada una.

Pese a la atávica inseguridad que me invade cuando debo presentarme en público, acepté pensando en los dólares. Las charlas estaban programadas para las dos tardes siguientes a ese estreno que resultó poco menos que decepcionante. El público aplaudió con desgano al finalizar la función, y durante el coctel en el *lobby* escuché comentarios al paso. Una hermosa rubia susurraba a su acompañante: “Qué obra más enredada, no se entiende nada”, y el acompañante asentía: “Así son los mexicanos, escriben para impresionar a los ingenuos”.

Tristón por el estreno, me presenté la tarde siguiente en la mentada universidad. El director del posgrado me recibió como

si yo fuera Carlos Fuentes. En un sobrecito de papel manila me entregó los cinco mil por anticipado.

Había preparado como asunto de la primera charla las características y los problemas del punto de vista narrativo, y de inmediato, frente a una audiencia que imaginé hostil, tomé de una cajita del escritorio un plumón rojo y empecé a trazar en el pizarrón un cuadro sinóptico sobre la posición en el espacio de los posibles narradores de un texto.

Mientras iba explicando el cuadro me interrumpió un gordinflón a punto de la calvicie:

—Con ése no, maestro. No escriba con ése. Con los otros.

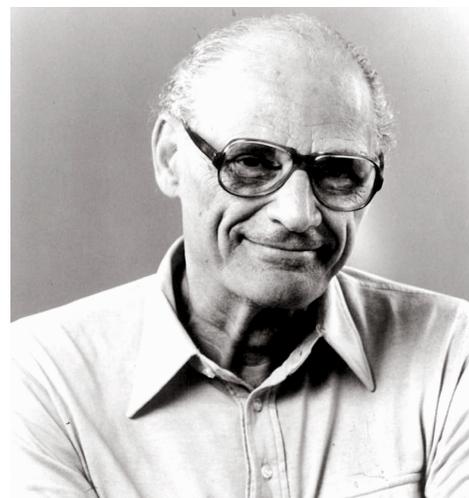
Tardé en darme cuenta del sentido de la advertencia. Cuando entendí, entre risitas de los alumnos, cogí rápidamente el borrador de fieltro, pero por más que lo frotaba y lo frotaba sobre el pizarrón verde mis trazos no desaparecían.

Más risitas cuando subió a la tarima el gordinflón:

—Para esos plumones no sirve el borrador —dijo—. Tiene que usar de éstos. —Y me señaló los que se hallaban en otro apartado, al tiempo que con un aspersor lanzaba un líquido mágico que borró de inmediato el cuadro sinóptico.

Volví a trazarlo con el plumón correcto. Reanudé mi exposición, punto por punto, soltando ejemplos de *El Quijote*, de Faulkner, de Hammett, de/

No habían transcurrido quince minutos cuando me interrumpí de golpe, de cara a los alumnos: El gordinflón sonriente. La rubia que siseaba con una pelicorta, el mechudo que me observaba con ironía. La flaca aburrada. La descotada que descruzaba las piernas.



Arthur Miller

Fue entonces cuando cayó del techo una cortina de acero. La imagen se fue a negros.

Depositó el plumón sobre el escritorio y dije antes de abandonar el salón:

—Lo siento mucho, compañeros.

Nadie se movió de su asiento. Nada supe de su azoro.

Lo más rápido que pude llegué a la oficina del director del posgrado. Entré sin llamar. Le entregué el sobrecito de papel manila con los cinco mil dólares. Repetí:

—Lo siento mucho, maestro.

—¿Pero qué pasó!

Salí a la calle. Abordé un taxi. Regresé al hotel.

Con un par de cigarrillos, tumbado en la cama, me sentí feliz, aliviado del suplicio. Nunca más. Nunca más.

Antes de echarme a dormir tomé el libro que había estado leyendo en el avión: *Vueltas al tiempo*, la autobiografía de Arthur Miller publicada en la Colección Andanzas de Tusquets.

El episodio en que el dramaturgo asiste al estreno de *La muerte de un agente viajero*, dirigida por Elia Kazan, es formidable. Escondido en el fondo del teatro, a punto de concluir la obra y de estallar el fragoroso aplauso de un público en tensión, Miller advierte que su vida va a cambiar radicalmente a partir de esa noche. El éxito lo volverá célebre. Qué voy a hacer ahora con la fama —se angustia—, qué voy a hacer. ▣